

brea del Támesis, y, de François Villon, mendigo, pícaro y hampón del parisino siglo XV de la «Corte de los Milagros».

Así aparece una humanidad, en la obra de Brecht, de siempre conocida. La muchachita evadida, escamoteada a la miseria material, pervertida e ingenua. El maduro pseudo-elegante, engomado y de profesión *amoroso*, cínico y achulado. El eterno *protector* de las jovencitas, de sus tesoros y de sus beneficios. Y toda una galería de *mujeres pintadas*.

Puede resultar amargo, escéptico, pero es real y triste como el amor de un domingo por la tarde.

Flores de tela en los ridículos sombreros, medias negras de seda, ligas rojas, faldillas de lamé dorado y flecos de lentejuela, zapatos de puntiaguda horma, tacón altísimo y hebillas, piel encarnada o plateada.

Esto al margen, cierto, pero necesario en el teatro trascendente y responsable que se quiera meter, aunque lo intenten evitar, contra la sociedad populosa y conformista, evadida y acomodada a lo podridamente fácil, de los Consejos de Administración.

La música de Weill hay que aceptarla plenamente en función de para lo que fué creada.

Puede haber y hay una pauta dislocada, sincopada. Se introducen elementos de jazz, sin llegar a *concretarse*.

Es cierto que Honneger está cerca con «Pacific», y aún más próximo el cine de Abel Gance en «La rueda» (4), con música del anteriormente citado.

Es cierto que la cinta de Eisestein, «Alejandro Nevsky» lleva *sonidos* de Prokofief, pero aún Weill se sujeta a sus principios de «Beggars'Opera» o formalismos *rococós*. Esto no quiere decir que no haya llegado al convencimiento de que en las óperas épicas (al estilo épico de Brecht) la música esté subordinada a la importancia del texto. Trama responsable, preocupación por los problemas humanos, contemporaneidad perenne como núcleo vital. Indumentaria y tiempo a un lado. Con texto de Brecht y música de Weill se puede comprender una ópera de tres peniques con un fragmento titulado «Canción de boda para gente pobre», o «Sobre la inseguridad de las condiciones humanas».

F.

(1) «La Opera de los tres peniques»

(2) A. G. Pericas.

(3) «La Opera de los tres peniques» fué cantada e interpretada por la mujer de Weill, Lotte Lenya, y los decorados fueron de Teo Otto. Hasta 1952 no fué representada en el «Scala», de Milán.

(4) «La Opera de los tres peniques» fué llevada al cine por Pabst en 1931, y presentada en París con el título de «L'opera de quatre sous».

A T A R D E C E R

La tarde caminaba lentamente.
Las calles, solitarias, se apagaban.
De vez en cuando, un niño
iba corriendo
en busca de otro niño que jugara.

El humo blanco, en copos multiformes,
hoy va subiendo.
Esta tarde todo calla en el pueblo
(se me cierran las calles del invierno).

Y la tarde me sigue lentamente.
A veces, cualquier hombre
camina sosegado.
La lluvia es casi tenue.
Y el rumor de los aires en los prados
va robando el silencio que descubre
los rincones callados.

La tarde se adormece lentamente.
De vez en vez, un joven
pasa con un compás acelerado,
abrigando una copla.

La tarde se ha volcado.

¡Qué redonda es la noche del invierno
en un pueblo olvidado!

